REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.	Srta. D.ª Carmen Cobeña.
EMILIA.	Sra. D.ª Sofía Alverá.
LUISA.	Srta. D.ª Soledad López.
JOSÉ LUÍS.	Sr. D. Miguel Cepillo.
MANUEL.	» Emilio Thuillier.
JULIÁN.	» Francisco Urquijo.

La acción en Madrid.—Época actual.

EL NIDO AJENO

ACTO PRIMERO

Comedor elegante en casa de José Luís.

ESCENA PRIMERA

EMILIA y LUISA entrando.

EMILIA

¿Dice usted que no tardará en volver la señorita?

LUISA

No, señora. Salió á misa y de compras. Van á dar las once, la hora del almuerzo, y ya sabe usted la puntualidad de los señoritos.

EMILIA

¡Digo! No hay casa más ordenada. Ni más ni menos que la mía. ¡Mayor desbarajuste! Pero vaya usted á poner orden con cuatro chiquillos y los criados y las amas correspondientes... Aquí, ya se ve, el matrimonio solito, dos criados... Si no tendrán ustedes nada que hacer.

LUISA

No hay mucho trabajo.

EMILIA

¿Y el señorito, está mejor?

LUISA

Delicado, como siempre. La semana pasada tuvo uno de sus ataques, quedó muy resentido; pero desde que llegó el señorito Manuel, parece que está más animado.

EMILIA

¡Cómo! ¿Llegó el señorito Manuel?

LUISA

Sí, señora, cuatro días hace.

EMILIA

Sí, le esperaban de un día á otro. Pero me choca no haber sabido que estaba aquí... Mi marido ve en Bolsa todos los días al señorito y es extraño que no le haya dicho nada.

LUISA

El señorito habla tan poco...

EMILIA

Y ¿ha venido bueno?

LUISA

Muy bueno, sí, señora. ¿Usted no le conoce?

EMILIA

Si hace tantos años que anda por esos mundos... Desde antes de casarse su hermano; y mi amistad en esta casa es por la señorita María. He oído hablar mucho de él, de sus viajes, de sus aventuras. ¿Se parece á su hermano? Dicen que es otro genio.

LUISA

No se parece en nada. Es muy simpático, buen mozo, muy alegre, muy cariñoso...

EMILIA

Vaya, vaya. Con eso la casa estará más animada.

LUISA

Sí, señora; créalo usted. Hay más alegría, más animación... ¡Ah! la señorita. *(Viendo llegar á María. María entra como de misa; mientras saluda á Emilia, Luisa le quita la mantilla, recoge el devocionario y demás prendas y se retira.)*

ESCENA II

EMILIA y MARÍA

EMILIA

¿Cómo estás, querida?

MARÍA

¿Hace mucho que me aguardabas?

EMILIA

Un instante. Ya sé que estáis buenos, que llegó tu cuñado.

MARÍA

¿Y tu marido y los chicos?

EMILIA

Buenos, todos buenos. Fernando muy ocupado. Ya vendrá conmigo á saludar á tu hermano político... ¿Tú apenas le conocías, verdad?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARÍA

Le conocí cuando éramos niños. Ya sabes que su familia y la mía estaban muy unidas; su padre y el mío eran socios. Pero Manuel marchó de España tan joven... No esperábamos volverle á ver.

EMILIA

Dicen que ha hecho dinero por esas tierras.

MARÍA

¡Un gran caudal! El es muy emprendedor, la suerte le ha favorecido...

EMILIA

Sigue soltero, por supuesto.

MARÍA

Y sin intenciones de casarse, según afirma.

EMILIA

¡Un tío rico y solterón! Pero vosotros ¿en qué pensáis? No tenéis decoro si no le obsequiáis con una docena de sobrinos... si no queréis molestaros, en casa hay cuatro y allí no hay dinero ni herencias en perspectiva... ¡Bueno anda todo!

MARÍA

Manuel es joven y figúrate si le faltarán proporciones.

EMILIA

En cuanto se enteren en Madrid os le secuestran. ¡Buenas andan las madres que tienen hijas! El papel hombre ha subido mucho. Antes, más ó menos bonita una muchacha, á cierta edad, no le faltaba novio, bueno ó malo. Nos cotizábamos á la par; pero ahora, hija, está

el cambio por las nubes. Las madres debían hacer un empréstito al extranjero.

MARÍA

¡Qué ocurrencia!

EMILIA

Y ¿qué es de tu vida? ¿Te has abonado al Real?

MARÍA

No. ¿Para qué? El año pasado fuimos tres noches en toda la temporada; es tirar el dinero. José Luís está delicado, no tiene humor ni gana de vestirse, le cansa todo... Ya sabes cómo es él.

EMILIA

Sí... pero, hija mía, hacéis una vida muy triste... metidos entre cuatro paredes. Siquiera recibiérais alguna gente.

MARÍA

A todo se acostumbra una, y yo no estoy acostumbrada á divertirme mucho. Bien lo sabes tú; en mi casa pasaba lo mismo.

EMILIA

En tu casa, siquiera, había tertulia los sábados. Se jugaba al julepe, se tomaba chocolate, iban nuestros novios.

MARÍA

Nuestros maridos hoy.

EMILIA

Y el tuyo fué el primero y el único. ¡Has sido siempre tan formal! Yo mariposeé un poco, con aquel sevillano, ¿te acuerdas? Si me caso con él me luzco. ¡Qué vida dió

á su pobre mujer! Nosotras no podemos quejarnos. Tuvimos buen acierto.

MARÍA

¡Ve una matrimonios tan desdichados!

EMILIA

Es un horror... Y los que, en apariencia son muy felices y si va uno á mirar... ¡Qué pendientes tan bonitos!

MARÍA

Regalo de mi cuñado.

EMILIA

¡Preciosas perlas! Hija, la gente rica...

MARÍA

¡Oh! Me ha traído preciosidades... Ya verás... *(Dan las once.)*

EMILIA

¡Las once y no ha venido tu marido! *(Suena la campanilla.)*

MARÍA

Ya está ahí. *(Toca un timbre.)*

EMILIA

¡La puntualidad misma! *(Entra Julián.)*

MARÍA

(A Julián.) Vea usted si se ha levantado el señorito Manuel y sirva usted el almuerzo en seguida. *(Sale Julián. A Emilia.)* ¿Quieres almorzar?

EMILIA

No, me voy corriendo. ¡Bueno andaría aquello si yo

faltase! Venía á convidarte al teatro. Tenemos palco para el estreno de esta noche.

MARÍA

No sé si José Luís querrá que vayamos... Ya te avisaré.

ESCENA III

DICHAS y JOSÉ LUÍS

JOSÉ

Muy buenos días.

EMILIA

Llega usted á tiempo.

JOSÉ

(Sentándose á la mesa.) Me he retrasado un poco. ¿Quiere usted almorzar?

EMILIA

¡Jesús! ¡Que no se enfríe! Son las once en punto. Quise decir que llegaba usted á tiempo de aceptar una invitación para el estreno de esta noche. María no se atreve á darme su palabra sin contar con usted.

JOSÉ

Cualquiera dirá que soy un tirano.

EMILIA

No es usted tirano. Nadie lo dice. Pero María es una esposa ejemplar y cumple muy bien aquellas menudencias de la epístola, que no todas guardamos puntualmente... «La mujer no saldrá de casa sin permiso del marido...»

JOSÉ

(A María.) ¿Quieres ir?

MARÍA

Si tú vienes...

JOSÉ

No estoy bueno. Esta mañana tuve un ataque de bilis.

MARÍA

Entonces nos quedaremos en casa. *(A Emilia.)* Ya lo oyes.

EMILIA

Vaya, hay que animarse. Si no hace usted por distraerse... Dicen que es preciosa la comedia de esta noche. Estará muy bien el teatro... Por supuesto, hago extensiva la invitación á su hermano, aunque no tengo el gusto de conocerle, y reciba usted mi enhorabuena por su feliz llegada. Ya tendría usted deseos de verle... ¿Es el único hermano que tiene usted?

JOSÉ

El único. Fuimos cuatro; solo quedamos, el menor, Manuel, y yo, el primogénito. Manuel ha sido el único sano y robusto en la familia. ¿No se ha levantado todavía?

MARÍA

Ya he dicho que le avisen.

JOSÉ

Acostumbrado á vivir solo no se acomoda á la vida de familia. Siempre fué muy desordenado... Si tarda, almorzaremos. Ya sabe cuánto me gusta la puntualidad. El desarreglo en las comidas me mata.

MARÍA

(Llama.) Almorzaremos. *(A Julián que entra.)* El almuerzo.

JULIÁN

El señorito Manuel viene en seguida. *(Sale á preparar la mesa.)*

EMILIA

Yo me retiro... Conque, ¿contamos con ustedes?

MARÍA

No, ya ves que José Luís no está bueno. Espera un momento, conocerás á su hermano.

EMILIA

Tengo curiosidad... No estoy muy presentable, salí de trapillo.

MARÍA

Eres de casa.

JOSÉ

Dame la magnesia.

MARÍA

(Trayendo un frasco del aparador.) Toma... *(Prepara el refresco.)* ¿Pero de veras no estás bueno?

JOSÉ

(De mal humor.) ¡De veras! Creerás tú que mi enfermedad es como tus jaquecas... Estoy muy malo.

EMILIA

Trabajan ustedes demasiado. Es mi tema con Fernando... Fernando es fuerte, pero el afán de los negocios, la Bolsa, el Congreso... es no parar en todo el día...

Al fin, él tiene cuatro hijos por quien mirar... pero usted solo con su mujercita... Debía usted dejarse de negocios y descansar y cuidarse y divertirse mucho, que la vida es corta.

MARÍA

(Ofreciéndole la copa.) ¿Está bien así? ¿Quieres más azúcar?

JOSÉ

(Con ira.) Ya no sé qué tomar ni qué hacer. ¡Hay para desesperarse!

MARÍA

(Cariñosa.) Vamos, ten paciencia. Hoy no sales de casa.

JOSÉ

Sí, justamente. Poco tengo que hacer.

MARIA

Lo dejas para otro día.

JOSÉ

¿Tú crees que mis asuntos son como los vuestros?... Visitas y compras que á cualquier hora y cualquier día da lo mismo.

MARÍA

(Con reconvención cariñosa y queriéndole hacer notar la presencia de Emilia.) Vas á echar fama de mal genio.

EMILIA

(Ha comprendido y quiere disculparle.) Cuando está uno enfermo todo incomoda. Es natural.

ESCENA IV

DICHOS y MANUEL

MANUEL

¡Salud, hermanos! *(Al ver á Emilia.)* Señora...

MARÍA

(Presentándoles.) Mi hermano Manuel... La señora de Ordóñez, amiga mía de toda la vida...

EMILIA

¡Tanto gusto! *(Aparte á María.)* ¡Es muy simpático!

JULIÁN

(Entra con el almuerzo.) El almuerzo.

EMILIA

(Despidiéndose.) Ya tendremos el gusto de verle por casa. Sabe usted que cuenta con unos amigos. *(A José Luís.)* Que usted se mejore. *(A María, besándola.)* Adiós, monísima, no dejes de ir por casa. *(Sale.)*

ESCENA V

MARÍA, JOSÉ LUIS y MANUEL, sentados. LUISA y JULIÁN sirven el almuerzo.

JOSÉ

¡Gracias á Dios! Creí que no almorzábamos.

MANUEL

¿No habíais empezado por la visita ó por esperarme?

MARÍA

Por la visita. *(A José Luís, viendo que no se sirve.)* ¿No te sirves?

JOSÉ

No. Es muy indigesto. No me atrevo.

MARÍA

¿Quieres otra cosa? ¿Un huevo pasado por agua, un filete de lenguado? ¿Porqué no dices lo que quieres? *(A Manuel.)* ¿Ves qué rareza? Hay que adivinarle los pensamientos.

MANUEL

Conozco el sistema. Pasarás el día mirándole á la cara para comprender lo que quiere. Estarás más ducha en fisonomía que el mismísimo Lavater.

JOSÉ

(Molestado.) Cuando está uno enfermo, y por lo tanto de mal humor, creo que sea más prudente no hablar que decir cosas desagradables.

MARÍA

No me importaría muchas veces que me dijeras algo desagradable, con tal de entenderte... Tienes razón, Manuel... siempre le estoy mirando á la cara para adivinarle los pensamientos... Pero soy tan torpe... ó él es tan poco expresivo, que rara vez acierto.

JOSÉ

¿Que hablo poco?... Los más elocuentes por dentro, suelen ser los más silenciosos, los menos expresivos... como tú dices. Los que piensan poco, los más habladores. Como son pocas sus ideas, pronto les dan salida,

con fluidez pasmosa... ¡Es natural! Dos ó tres personas solas pasan más fácilmente por una puerta, que una multitud agolpada.

MANUEL

¿Es motejarme por hablador? Lo seré porque pienso menos que tú lo que digo... Pero siento... y cuando siento algo, he de decirlo... aunque diga una tontería ó algo desagradable.

MARÍA

(A José Luís.) ¿Tampoco comes de esto?

JOSÉ

No tengo gana. ¿Qué hay después?

MARÍA

Para tí carne asada.

MANUEL

Pero... ¿no estás bueno?... no comes nada. Yo en cambio tengo un apetito... He cogido á deseo la comida casera.

MARÍA

¿De veras te gusta? Yo que procuro darte de comer á estilo de fonda...

MANUEL

Pues agradezco más una paella, un buen cocido y hasta unas albondiguillas.

JOSÉ

¡Lo que son las cosas! No sabes las peleas que tenía en casa, con nuestra madre, por las comidas. Entonces, todo eso que ahora pondera, le parecía guisotes y prefería comer en el café ó en la fonda.

MANUEL

(Con tono ligero apenas tocado de cierta gravedad y ternura; sobre todo debe evitarse el tono solemne y declamatorio.) Es la condición humana. El espíritu de rebeldía constante que existe en nuestro espíritu contra todo lo que se nos impone; hasta contra el cariño maternal. A nadie quizás atormentamos en el mundo como á nuestra madre, con nadie somos tan ingratos. ¡Egoísmo humano! Tan seguros estamos de que nadie como nuestra madre ha de perdonarnos la ingratitud. Pero hay en la vida una hora de justicia para todos... y las lágrimas que al morir una madre lloramos, con dolor á ninguno parecido, deben ser, si desde el cielo pueden verlas, la mayor, la más pura alegría que podemos dar al alma de nuestras pobres madres los hijos ingratos.

JOSÉ

Yo no lo fuí nunca.

MANUEL

Porque nunca fuiste joven. Porque en ti se alteraron las leyes de la vida. Fué una rebeldía también, á tu modo. Pero ya ves lo mal que te ha probado. Créelo, la Naturaleza es muy sabia. Hemos de ser niños, jóvenes, hombres, viejos por fin; á su tiempo cada cosa; con las pasiones, vicios y virtudes propios de cada edad. Tan mal parece un niño reflexivo y juicioso como un vejete travieso y casquivano: y tan impropio es de un muchacho contentarse sin protestas con el cocido casero, como en un hombre de juicio irse de bureo á la fonda. Hay que distinguir la maldad permanente de cada uno y las maldades propias de cada edad, pasajeras con ella... Digo esto, porque en mí tomásteis por maldad las ligerezas de la juventud. Sí, María, tú, como todos, habrás

oído hablar de mí, á mis padres, á José Luís, tú sabrás lo que de mí pensaban... Yo bien lo sé. Era el Judas de la casa.

MARÍA

Eso no. Tu madre te disculpaba siempre, y todos te queríamos.

JOSÉ

Más que él á nosotros. ¿Qué le faltaba al lado nuestro? Sin pena nos dejaste y has vivido feliz sin nosotros. *(Han concluído de almorzar, los criados se retiran dejando preparado el café. Hay más intimidad en el diálogo.)*

MANUEL

Por eso he vuelto á ti, á que me juzgues, ahora que mi vida de aventuras ha concluído; en nombre de nuestros padres que ya no existen. Tú dirás si fuí mal hijo, si soy mal hermano: y por si á ti te ciegan antiguos rencores, que no deben subsistir entre nosotros, María juzgará. Las mujeres entienden mejor lo que hay de bueno en el corazón de un hombre. En casa ¡cómo habíais de conocer el mío, si nunca pude hablar con el corazón!

MARÍA

Vamos, no te acalores. Lo pasado, pasado. Hoy todos sabemos lo que vales. No hubieras tenido tanta suerte á no ser digno de ella.

MANUEL

(Siguiendo su idea y dirigiéndose á María principalmente.) Ya sabes cómo vivíamos en nuestra casa. Érais vecinos, y tu padre igual en carácter al nuestro; por algo eran socios. Allí nadie tenía más voluntad que la de mi padre. ¡Qué rigidez, qué severidad! Cuando él estaba en casa hablábamos en voz baja, nuestros juegos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

le incomodaban, nuestras risas le hacían daño. Le veíamos salir con alegría, respirábamos con libertad, jugábamos, reíamos. Nuestra madre no era así. Toda bondad, toda dulzura, nuestra defensora siempre, nuestra cómplice muchas veces.—No incomodéis á vuestro padre,—nos decía:—es muy bueno, pero está siempre preocupado con sus negocios. Todo por vosotros, hijos míos, por vosotros trabaja tanto y se afana... —¡Pobre madre! Quería convencernos de que nuestro padre era muy bueno... y nos quería, y nos besaba por los dos... Mi padre no me besó nunca. Trabajar, afanarse por los negocios, era la manifestación de su cariño. Pero aquel trabajo, jamás confortado por nuestras caricias, parecía sin ellas más penoso, forzado, aborrecible, ingrato... ¡Farsa de cariño paternal! Se afanaba en sus negocios, porque eso era su goce único en la vida: hiciera igual sin mujer y sin hijos á quienes legar el fruto de sus afanes. Era la pasión del negociante codicioso. Más duro es el trabajo para el infeliz obrero, carga más pesada para él son los hijos, y concluída la jornada, aún le quedan fuerzas para tomarlos en brazos y ternura en el corazón para besarlos. *(A José Luís.)* Tú no sentiste la falta de halagos y caricias. Entendías muy bien de cuentas y sabías lo que ganaba nuestro padre... Yo me rebelaba contra su severidad injusta, protestaba en mi corazón... contra aquella farsa de cariño, y por eso era el malo, el Judas, porque... por más que hacía, no podía querer ni respetar á mi padre.

JOSÉ

(Se levanta. Con severidad.) No le respetaste vivo, tampoco respetas su memoria. Nunca estuvimos de acuerdo en apreciarle. Como es mi sentimiento más respetable, porque es más natural y más digno de un hijo, respétale.

MARÍA

(Se levanta también. Dirigiéndose á uno y á otro, queriendo conciliarlos.) ¡José Luís!... ¿No estáis incomodados? Dejad los recuerdos, desechad esa desconfianza recelosa... Si lo sé; el uno desconfía del cariño del otro; es el modo de no llegar á quererse nunca. *(A Manuel.)* Eres injusto: José Luís tenía tantos deseos de verte... *(A José Luís.)* Y Manuel, cuando no estás tú, ¡me habla de tí con un cariño!... ¡Qué remedio! Si sois hermanos... *(Atrayéndoles uno á otro.)* Un abrazo muy fuerte, muy fuerte... *(Se abrazan.)* Y otro á mí, que nos una á los tres... *(A Manuel.)* También yo soy tu hermana... y en mi cariño has de creer... *(Con infantil confianza.)* Yo soy muy expansiva... *(Bajo.)* José Luís es otro carácter... En el fondo es muy bueno.

MANUEL

(Bajo también á María, pero no como aparte. José Luís se ha retirado hacia el fondo.) ¡En el fondo! Eso decían de mi padre. ¿Qué me importa que en el fondo de un pozo haya un tesoro, si para llegar á él he de ahogarme?

JOSÉ

(A María.) ¿Vas á salir esta tarde? Te mandaré el coche. Voy á la Bolsa.

MANUEL

(Con desprecio cómico.) ¿El coche?... No nos hace falta tu coche.

JOSÉ

¡Alguna locura!

MANUEL

(A María.) Me permito poner á tu disposición la berlina y el tronco que tanto te gustaron ayer.

MARÍA

No, Manuel. Eso es un disparate. Has gastado un caudal en obsequiarme.

MANUEL

¡Pobres hijos míos! No vayan á quedarse en la miseria.

MARÍA

Puedes tenerlos todavía.

MANUEL

(En broma.) ¡Eso sí que no! Ya lo sabes. ¡Los hijos somos muy ingratos. Yo no quisiera ser hijo mío, y si yo fuera hijo mío, no quisiera ser mi padre...

MARÍA

(Risueña.) ¡Qué tonterías! Pues no acepto el regalo.

MANUEL

Me enfadaré. *(A José Luís.)* Con esa condición hago las paces contigo. *(Cariñoso, echándole un brazo por el cuello.)* ¡Mal genio! ¡Si tendrás por fin que quererme! Un abrazo...

MARÍA

(Complacida.) ¡Pobre Manuel! Bien dicen: mala cabeza, pero buen corazón. Ya ves si te hago justicia.

MANUEL

¡Ay, María! Es que de ti fluyen raudales de bondad; al lado tuyo nadie puede ser malo. Aunque solo fuera por haberte elegido por esposa, y por lo que te quiere, tendría yo que querer á mi hermano. Sí, señor hermano; todo se lo perdono á usted, pero cuidado con ser mal marido... Anda á la Bolsa, á tus negocios... ¿Sabes lo

que pienso? ¡Quiera Dios que no te parezca infame! Me alegraría que todo te saliese mal, que lo perdieses todo, que te arruinases... y entonces verías quién soy yo, el tunante, el desalmado... *(José Luís conmovido le abraza.)*

MARÍA

(Con alegría.) ¡Así me gusta!

MANUEL

¡Estoy más contento!... Lloro de alegría... ¡Si vosotros supiérais lo que es vivir solo, sin nadie, para quien nuestras penas ó nuestras alegrías puedan ser alegría ni pena!... No poder desahogar el corazón... Ir amontonando en él tristezas y goces no compartidos... ¡Ay, por fuerza ha de endurecerse! Dejad ahora que llore y que ría entre vosotros, que me queréis y tenéis lástima de lo que he llorado solo... y sois felices hoy con mi alegría...

MARÍA

(Conmovida.) ¡Pobre Manuel! ¡Qué bueno eres!

MANUEL

¡Soy bueno! ¿No es verdad?... Lo dices tú, mi madre lo decía también, las dos personas mejores que he conocido. ¡Tendré que creerlo!

MARÍA

Lo dicen muchos pobres también, Manuel. Todo se sabe.

MANUEL

Eso no. ¡Vaya un mérito dar lo que á uno le sobra!

MARÍA

Es que en América bendicen tu nombre muchos desvalidos; es que hiciste la caridad con amor.

MANUEL

¿Amor? También me sobraba; no me convences. Verás ahora cómo economizo el amor y el dinero. Y si al fin... ¡qué demonio! yo he venido aquí por un Manolito. Ya podéis traérmele.

MARÍA

(Con malicia.) Enviaremos un memorial.

MANUEL

¡Eso, eso, muchos memoriales!

JOSÉ

(Despidiéndose.) ¿Conque te mando el coche?

MANUEL

No, señor; no hay más que hablar.

MARÍA

Estrenaré tu regalo. Pero has de acompañarme.

MANUEL

(A José Luís.) Iremos á buscarte... Hasta luego.

JOSÉ

Hasta luego. *(Se abrazan.)*

ESCENA VI

MARÍA y MANUEL. Al final LUISA

MARÍA

¿Ves como es muy bueno?

MANUEL

¡Huroncillo, huroncillo! ¿Qué voy á contarte? ¡Demasiado le conocerás tú!

MARÍA

Carácter reconcentrado, corazón que no se abre al primero que llega. ¡Cuesta mucho franquear la entrada!

MANUEL

Hay personas así, como algunas viviendas; con magníficas habitaciones y mala escalera.

MARÍA

¡Podré muy poco si no consigo que os queráis con verdadero cariño de hermanos!

MANUEL

¡Ansioso vengo de cariño! ¡He vivido tanto tiempo solo!... Extraño en todas partes. Mi protector, mi verdadero padre, D. Gabriel, murió á poco de llevarme consigo. Desde entonces no he tenido un amigo, no he tenido á nadie. Ni aventuras pasajeras, ilusiones de amor, para engañar mi soledad tristísima. Hay espíritus prácticos que saben repartir de tal modo el corazón, en afectos ligeros, sin entregarle por entero en ninguno, que de mil cariños suaves, tranquilos, componen un grato calorcillo que conforta y alivia el corazón... Yo fuí siempre arrojado en mis empresas, siempre comprometí en ellas todo mi capital; en un día, la ruina ó la opulencia. Por eso tuve miedo á querer, porque en un solo cariño hubiera puesto todo mi corazón, el alma entera... ¡Y acaso hubiera sido mi ruina! Fuí muy dichoso en mis empresas. ¡Quizás la suerte se hubiera vengado! Era desafiarla pretender dicha en todo.

MARÍA

Por lo mismo que no has malgastado tu corazón, has de hallar para él digno empleo. Manuel, yo creí siempre que eras bueno; mereces ser feliz.

MANUEL

(*Sentado en un sillón ó chaise longue, adormecido.*) Allá veremos. Rendido estoy. No quisiera volver errante por esos mundos.

MARÍA

No, Manuel. Descansa, descansa y ve pensando en labrar tu nido.

MANUEL

Sí, María. Mientras, dejad un lugar en el vuestro á este ave de paso.

MARÍA

(*Cariñosa.*) ¿Tienes sueño? ¡Te acostaste tan tarde!...

MANUEL

¡Hay un silencio, una tranquilidad en esta casa!...

MARÍA

Duerme... (*Pausa.*)

MANUEL

(*Bajo, medio dormido.*) ¡María!...

MARÍA

(*Acercándose con cariño.*) ¿Qué? Manuel...

MANUEL

Llámame hermano.

MARÍA

¡Hermano!

MANUEL

Así... Era una ilusión mía tener una hermana...

MARÍA

Ya la tienes.

MANUEL

(*Durmiéndose poco á poco.*) Sí... ¡Qué buena... qué hermosa! ¡Tú... y mi madre!... (*Queda dormido.*)

MARÍA

(*Contemplándole.*) ¡Pobre Manuel!... ¡Es un niño!

LUISA

(*Desde la puerta.*) Señorita...

MARÍA

(*Imponiendo silencio.*) ¡Chist!... Voy. No hagan ustedes ruido. (*Indicando á Manuel.*) El señorito está dormido. (*Sale.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO